

CRISTIANISMO Y MEDIO AMBIENTE. UNA VISIÓN INTEGRADORA

Federico Velázquez de Castro

“He aquí que yo establezco mi pacto con vosotros y con vuestros descendientes después de vosotros; y *con todo ser viviente* que está con vosotros; aves, animales y toda bestia de la tierra que está con vosotros, desde todos los que salieron del arca hasta *todo animal de la tierra*.

Estableceré mi pacto con vosotros y no exterminaré ya más toda carne con aguas de diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra.

Y dijo Dios: esta es la señal que establezco entre mí y vosotros y *todo ser viviente* que está con vosotros por siglos perpetuos; mi arco he puesto sobre las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra. Y sucederá que cuando haga venir nubes sobre la tierra, se dejará ver entonces mi arco en las nubes.

Y me acordaré del pacto mío, que hay entre mí y vosotros y *todo ser viviente de toda carne*; y no habrá más diluvio de aguas para destruir toda carne. Estará el arco en las nubes, y lo veré, y me acordaré del pacto perpetuo *entre Dios y todo ser viviente*, con toda carne que hay sobre la tierra.

Dijo, pues, Dios a Noé: esta es la señal del pacto que he establecido *entre mí y toda carne que está sobre la tierra*.”

Este trozo del libro del Génesis (9, 9-17), revela que tras el diluvio, Dios establece un pacto no sólo con la humanidad sino con toda la Creación. Una creación que se había revelado como “muy buena”, y dentro de la cual el ser humano comienza a dar sus primeros pasos. Una creación en la que también se piensa, a la hora de proporcionar el descanso a la tierra cultivable (Lv. 25), el reposo de los animales (Ex.23) y el cuidado de los árboles (Dt.20).

La naturaleza está presente con frecuencia en la Escritura. No podía ser de otro modo, Dios no podía olvidarse de su obra, y los profetas (Isaías, Jonás, Joel) la recuerdan junto a la misericordia y la justicia. Sin embargo, el ser humano, al orientar el desarrollo de una forma materialista y codiciosa ha ido generando daños e impactos que resienten el planeta y del que todas las especies, incluida la humana, son víctimas.

Las concentraciones de dióxido de carbono han superado las 400 partes por millón. Quizás esta cifra no nos revele nada, pero hay que señalar que nunca en la historia de la humanidad se había alcanzado, por lo que, desde ahora entramos en un escenario inédito. Este producto es el principal (que no único) gas invernadero, y el cambio climático que de él se deriva traerá condiciones meteorológicas más hostiles (lluvias torrenciales, tornados, huracanes, olas de calor...) para toda la biosfera. Y éste es sólo uno de los efectos más visibles.

Al igual que el ser humano, el resto de las especies también sufrirán el cambio climático y presentarán dificultades de adaptación: hoy se habla ya de la sexta extinción masiva, como consecuencia de nuestro modelo de crecimiento. Conocemos apenas dos millones de especies de las posibles 10 millones que pueblan el planeta, y muchas están desapareciendo sin haberse conocido. Además del valor que pueden encerrar para nosotros, como alimento o medicina, cada una de ellas es un milagro de la evolución, un patrimonio genético único que no debemos permitirnos el lujo de perder. Es, ciertamente, dramática la desaparición de tantos organismos que comparten la vida con nosotros y para los que éste es también su único planeta. La pérdida o destrucción de hábitats, las especies invasoras, el comercio ilegal..., son algunas de las causas de este alarmante declive.

Son solo dos ejemplos de la crisis ambiental por la que atravesamos. ¿Cómo se ha llegado hasta ella? Señalemos tres razones. Primeramente, el modelo de crecimiento económico, esto es, el modelo capitalista para quien naturaleza y seres humanos somos mercancía. Según ha ido introduciendo la sociedad de consumo –uno de sus últimos rostros- la demanda de recursos (y la generación de residuos), apoyada por una publicidad permanente, ha sido feroz, generando un evidente desequilibrio en nuestras relaciones con el medio.

En segundo lugar, la modernidad, que al centrar sus ejes en la razón y el progreso, abrió la historia al modo prometeico de dominación, colocando al hombre sobre la cima de la pirámide natural, que quedaba plenamente a su servicio. La posterior postmodernidad, al vaciar la sociedad de ideales, se enfocó en el disfrute de lo inmediato, por lo general material, con lo que la naturaleza tampoco salió muy bien parada.

Finalmente, hay que señalar la pasividad ciudadana, que tardó en tomar conciencia del riesgo que se avecinaba. Y entre ellos, destacamos de manera especial a los creyentes.

Sorprende que los cristianos no se pusieran a la cabeza en la defensa de los valores naturales. Tal vez porque las escrituras se han presentado de forma antropocéntrica, y por tanto, parcial; quizás porque algunas voces señalaban que primero estaban los problemas humanos y luego los demás; o, simplemente, que los rasgos ideológicos y económicos antes señalados se colaron también en las iglesias, en donde la cultura del poder y el capital no encontraron resistencia.

Mientras otras confesiones, especialmente las orientales, señalaban el valor de la compasión hacia todas las criaturas, el cristianismo –en general- se mostró indiferente ante el daño animal: ¿qué ha dicho de los espectáculos crueles, de la cautividad, de la experimentación...? ¿Qué voz cristiana se ha alzado, por ejemplo, contra el toro de la Vega, parece que ya felizmente suprimido? Y siendo España un país mayoritariamente católico, ¿qué dice la Jerarquía de todas esas fiestas en las que se maltratan animales – como las corridas de toros- muchas de ellas coincidentes con la celebración de fiestas patronales, en las que hay santos o vírgenes de por medio? ¿Ningún católico ha sido capaz de decir “No en mi nombre” ante espectáculos taurinos celebrados bajo el amparo de alguna festividad religiosa?

Afortunadamente, algo está cambiando. La reivindicación ambiental es uno de los signos de los tiempos actuales que requiere una respuesta urgente: la evolución de los impactos es exponencial, preocupando más el tiempo tan corto en el que están transcurriendo que los propios problemas en sí. Y en esta tarea están confluyendo personas de buena voluntad, entre las que los cristianos también están presentes. Algunos de ellos, como Chico Mendes o Dorothy Stang en Brasil, o Berta Cáceres en Honduras han pagado con su vida su compromiso ambiental que, necesariamente, lo era también con la justicia. Pero como ellos, entre 2010 y 2015, 753 personas han sido asesinadas por defender las causas ambientales, apostando por un compromiso al que hoy todos estamos llamados.

Comentaba Eduardo Galeano que Dios había olvidado el mandamiento undécimo: *Amarás la naturaleza, porque eres parte de ella*. La observación es muy atinada: el ser humano ha sido formado a imagen y semejanza de Dios, es espiritual, pero también nacido de la tierra y las estrellas, fruto del tronco evolutivo que interrelaciona todo el entramado de la vida. Conviene que no lo olvidemos, es un antídoto contra la supremacía y el orgullo, y nos acerca humildemente a la vida compartida. El médico y teólogo protestante Albert Schweitzer, preguntándose por su identidad, respondía: *Soy una vida que desea vivir en medio de otras vidas que también desean vivir*. No difiere mucho esta visión de las que nos ofrecen las tradiciones indígenas, muy cercanas a la tierra y sus valores.

En esta línea, tenemos que avanzar en el respeto y reverencia por la vida. *Hasta que la compasión del ser humano no abarque a todas las criaturas*, afirmaba de nuevo Schweitzer, *el ser humano no alcanzará la paz*. Si descubrimos la naturaleza como fuente de admiración, asombro y misterio, también debemos acompañarla de respeto y gratitud por todo lo encontrado.

Y la mejor manera de garantizar el equilibrio entre desarrollo y medio ambiente, lo encontramos en modelos sostenibles donde los límites marquen el tope de nuestras actividades. Algunos autores hablan de decrecimiento como una forma de asegurar un desarrollo armonioso para toda la humanidad, y no sólo de la privilegiada minoría que, empobreciendo a tantos pueblos ha logrado vivir en la opulencia. La sencillez está en la

raíz del mensaje cristiano y así lo recordaba el reformador Juan Calvino: *la Tierra le fue dada al hombre con esta condición: que se ocupara de su cultivo... la custodia del huerto fue dada a Adán a fin de mostrar que el poseer las cosas que Dios ha puesto en nuestras manos tiene como condición que nos contentemos con un uso moderado y frugal de ellas para cuidar de lo que queda. Que cada ser humano se considere mayordomo de Dios.* El espíritu de sencillez y moderación es una propuesta liberadora y necesaria en el terreno personal y comunitario, y lo encontramos en la base de todas las tradiciones espirituales.

La implicación de las Iglesias se torna ineludible. Su mejor reflejo ha sido la Encíclica *Laudato Si*, en la Iglesia católica, y la *Confesión de Accra*, en la Iglesia reformada.

En la primera se dice:

La cultura ecológica no se puede reducir a una serie de respuestas urgentes y parciales a los problemas que van apareciendo en torno a la degradación del ambiente, al agotamiento de las reservas naturales y a la contaminación. Debería ser una mirada distinta, un pensamiento, una política, un programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad que conformen una resistencia ante el avance del paradigma tecnocrático.

Mas, lo importante es que las posiciones oficiales desciendan hasta las congregaciones y no queden sólo en hermosos documentos. Que las comunidades se impregnen de este nuevo espíritu e incorporen el cuidado de la naturaleza entre sus principales responsabilidades. Y que, igualmente, comprendan que los daños ambientales son consecuencia de un determinado modo de entender el crecimiento, modo que debe ser transformado. Sólo así podrán ser profetas y portadores de esperanza en un planeta desequilibrado en lo ecológico y lo social.

Las Iglesias deben avivar esta conciencia, formando y sensibilizando, animando a las buenas prácticas ambientales, personales y familiares, pero también ellas mismas deben predicar con el ejemplo siendo modelos de ahorro y eficiencia, buena gestión de los recursos, separación adecuada de residuos, instalación de energías renovables, consumo de productos ecológicos y de comercio justo, finanzas éticas, etc. En definitiva saltar desde una posición pasiva e indiferente, mantenida demasiado tiempo, a la que los momentos actuales exigen. Así podrá actualizarse plenamente el espíritu de los salmos:

Tu justicia llega hasta las altas cordilleras,

Tus sentencias son como el océano inmenso.

Tú socorres a hombres y animales

¡qué inapreciable es tu misericordia, oh Dios!

Salmo 35

*No aceptaré un becerro de tu casa
Ni un cabrito de tus rebaños:
Pues las fieras de la selva son mías
Y hay miles de bestias en mis montes.
Conozco a todos los pájaros del cielo
y tengo a mano cuanto se agita en los campos*

Salmo 49

*Tú cuidas la tierra, la riegas
Y la enriqueces sin medida;
La acequia de Dios va llena de agua,
Preparas los trigales:
Riegas los surcos, igualas los terrones,
Tu llovizna los deja mullidos,
Bendices sus brotes;
Coronas el año con tus bienes,
Tus carriles rezuman abundancia;
Rezuman los pastos del páramo,
Y las colinas se orlan de alegría;
Las praderas se cubren de rebaños
Y los valles se visten de mieses
Que aclaman y cantan.*

Salmo 64

Referencias:

- (1) ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE EDUCACIÓN AMBIENTAL. Relatos de Ética ambiental. Madrid, 2016.
- (2) FRANCISCO: Laudato Si. Sobre el cuidado de la casa común. *Edibesa*, Madrid, 2015.
- (3) LEAKEY, R; LEWIN, R. La sexta extinción. El futuro de la vida y la humanidad. *Tusquets Editores*. Barcelona, 1997.
- (4) VELÁZQUEZ DE CASTRO, F.: Los valores revolucionarios de la educación ambiental. *Grupo Editorial Universitario*. Granada, 2007.
- (5) VELÁZQUEZ DE CASTRO, F: La contaminación en España. Efectos del ozono y del cambio climático. *Editorial Club Universitario*, Alicante, 2012.